

ESCRIBIR EN EL AIRE,  
“HETEROGENEIDAD” Y ESTUDIOS CULTURALES

POR

MABEL MORAÑA  
*University of Pittsburgh*

Es indudable que en la última década los estudios culturales latinoamericanos han recibido el impacto de numerosas transformaciones que han alterado notoriamente tanto los métodos como los objetivos e incluso las fronteras disciplinarias. Sin entrar a discutir aquí los trazados de ese complejo mapa de rearticulaciones, valga afirmar que es a partir de procesos tales como los de fragmentación y reagrupamientos nacionales, el resquebrajamiento de lo que algunos han llamado el “marxismo real”, los fuertes resurgimientos de cuestiones étnicas, religiosas y genéricas, y los planes de intercambio económico-comercial transnacional tanto en Europa como en los Estados Unidos y América Latina que se han ido modificando las agendas culturales y entrando en crisis numerosas premisas que guiaron, hasta la década de los '80, muchos de los debates sostenidos dentro o a propósito del área “dependiente”, “tercermundista” o del “subcontinente”, para usar expresiones que acompañaron conceptualizaciones de entonces.

Estudios en torno a nociones como identidad o nación, polarizaciones del tipo centro/periferia, hegemonía/subalternidad, “alta cultura”/cultura popular, han cedido lugar a análisis más fluidos y notoriamente menos totalizantes, aunque en muchos casos no menos riesgosos en la tarea de captación de la especificidad cultural latinoamericana. Los debates más actuales en torno a temas como los de modernidad, “agencia” política, globalización, los estudios sobre oralidad y construcción de sujetos, nociones como las de hibridez, alteridad, alternatividad, han dinamizado notoriamente el fatigado espacio intelectual que hacia mediados de los ochenta comenzaba a reponerse apenas de las dictaduras del Cono Sur y otros desastres continentales, mientras asistía al debilitamiento de los movimientos de liberación nacional y los deterioros político-económicos de las otrora más “desarrolladas” naciones hispanoamericanas.

Es de este panorama de problemas y nuevas avenidas crítico-ideológicas del que implícitamente se hace cargo el nuevo libro de Antonio Cornejo-Polar, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (Lima: Editorial Horizonte, 1994), el cual sirve como pre-texto a estas notas. En este estudio de estructura premeditadamente abierta, muchos de estos temas se perciben, de manera más o menos infusa, en el subtexto del análisis de la literatura y la cultura andina; otros se discuten de manera expresa, con mayor o menor exhaustividad, dejando planteadas asimismo numerosas cuestiones, que ocuparán sin duda a la crítica cultural en años venideros.

Entretejido con los hallazgos de trabajos como los de Regina Harrison, Martín Lienhard, Néstor García Canclini, Ángel Rama, Walter Mignolo, Rolena Adorno, René Zavaleta Mercado, entre tantos otros, el libro de Cornejo Polar promueve sus propias categorías de análisis como complementación o alternativa, según los casos, de las propuestas de esos investigadores, construyendo un campo crítico-teórico que nutre, a través de un método de asociaciones, trasiegos y contraposiciones, sus aproximaciones sincrónicas y diacrónicas al material andino.

Compuesto a partir del análisis de núcleos discursivos paradigmáticos dentro del área cultural andina, *Escribir en el aire* se extiende desde el quasi mítico “diálogo” de Cajamarca (1532) entre el Inca Atahualpa y el padre Vicente Valverde hasta el discurso testimonial que en las últimas décadas incorpora, a través de diversas estrategias, la voz del indio al corpus de las letras andinas a través de textos tales como *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia* (1977) de Domitila Barrios/Moema Viezzer, *Gregorio Condori Mamani. Autobiografía* (1977) de Ricardo Valderrama/Carmen Escalante, *Nosotros los humanos/Nuqanchik runakuna. Testimonio de los quechuas del siglo XX* (1992) de Carmen Escalante/Ricardo Valderrama (elaborado en base a los testimonios de Victoriano Tarapaki y Lusiku Ankalli).

En el intermedio de esta larga secuencia cronológica (de los albores de la conquista a la época actual), el estudio de Cornejo Polar se detiene en una serie discursiva que acompaña los proyectos de formación y consolidación nacional en la región andina. Analiza así tanto textos canónicos (*Aves sin nido, Cumandá, Juan de la Rosa, Raza de bronce, Huasipungo*, entre otros) como ejemplos de oratoria política (“Proclama de la Independencia del Perú” de San Martín (1821) *vis á vis* la arenga de José Domingo Choquehuanca a Bolívar, en 1825) y poemas “nacionales” que celebran el Centenario de la Independencia: *Redención* (1925) de Gregorio Reynolds y *Ayacucho y los Andes* (1924) de José Santos Chocano. Las “políticas del idioma” en Ricardo Palma, las obras de José María Arguedas, Luis E. Valcárcel, Ciro Alegría, José Carlos Mariátegui, entre tantas otras, nutren asimismo este estudio que se cierra, significativamente, con un análisis de “Pedro Rojas” de César Vallejo, texto que sirve de eje en varios niveles a la recuperación crítica de sujetos, discursos, representaciones, que este libro propone.

En todo el desarrollo, es sin embargo la lectura de textos coloniales y pertenecientes a la cultura incaica pre-hispánica la que expone con mayor claridad la propuesta del libro consistente en rastrear la formalización de versiones producidas por sujetos sociales de filiación cultural diversa e incluso divergente, explorando sus entrecruzamientos y articulaciones. La crítica cultural se lleva a cabo entonces como una *arqueología* que atraviesa los sistemas orales y escriturarios que compiten entre sí en el proceso de producción de significados revelando impensadas estratificaciones y conflictos (“cruces de identidades y alteridades”) que muestran una proliferación de vertientes y tradiciones que no siempre se perciben en el estudio de la literatura quechua o de las crónicas o relaciones de la Conquista, al ser éstas enfocadas en sí mismas como un *horizonte* o un *origen* dentro de una acotada canonicidad.

Así es que se inserta, por ejemplo, la recuperación de los *wanka* (textos dramáticos o “tragedias” en la traducción aproximativa de Jesús Lara) que tematizan la muerte de Atahualpa, composiciones cuya arcaica raíz oral, popular y folklórica se distingue del

corpus colonial al cual nutren a través de invisibles vasos comunicantes. Las más conocidas formulaciones del Inca Garcilaso, Guamán Poma de Ayala, Titu Cusi Yupangui o Santa Cruz Pachacuti resultan a esta luz articulables a un vasto y subterráneo cuerpo disperso de versiones que convierten el hecho histórico o el relato mítico en signo y símbolo cultural, apropiado y expropiado, a lo largo de la historia cultural andina, por sujetos sociales entronizados de muy diversas maneras al poder político y cultural. Por esta razón, como indica Cornejo Polar, incluso el dialogismo bajtiniano y la idea de orquestación de voces que éste supone, son insuficientes para hacer inteligible un cruce discursivo cuya verdadera esencia es la contradictoriedad y la “armonía imposible”.

Al mismo tiempo abarcadora y puntual, la lectura selectiva de la literatura andina realizada en *Escribir en el aire* es sin duda convincente. El estudio no oculta sus propósitos ni sus riesgos: “historiar la sincronía” (18), explorar “la índole excepcionalmente compleja de una literatura (entendida en su sentido más amplio) que funciona en los bordes de sistemas culturales disonantes, a veces incompatibles entre sí” (17).

Si el libro es exhaustivo e incorporante por método, es asimismo acotado y selectivo por sistema. Sin dejarse atrapar en antinomias o esquematismos (centro/margen, oralidad/escritura, colonial/nacional, indio/criollo), *Escribir en el aire* se instala justamente en los pliegues de superposición que crean las diversas praxis culturales analizando sus particulares aportes, sus empréstitos y sus contradicciones. Pero en ese mismo nivel el libro elude a su vez el peligro de mitificación de las combinatorias que la historia cultural ha sugerido como hipóstasis y conciliación de los opuestos. Es en este sentido que *Escribir en el aire* analiza no sólo la conflictividad del multiculturalismo andino sino los “discursos de la homogeneidad o la armonía imposible” (la “canonización patriótica” del Inca Garcilaso, la ideología del mestizaje) a través de los cuales las políticas de la lengua y de la letra tratan de “afantasmar” la diferencia y negar el conflicto, sugiriendo la existencia de identidades de amalgama que, en tanto espacios ideológicos negociados a la historia, facilitan la implementación de agendas políticas y culturales bien determinadas.

Desde la muerte de Atahualpa (que atraviesa los sucesivos ciclos de la historia, se inserta en los discursos de la “alta cultura” y se recicla en relatos orales y folklóricos) hasta esa otra muerte múltiple de un Pedro Rojas que hunde sus raíces en las entrañas mismas de la guerra civil española reescribiendo la letra agonizante y anónima de un militante republicano, la lectura palimpsestica de núcleos culturales que ofrece *Escribir en el aire*, tiene en la propuesta de Cornejo Polar al menos dos efectos concretos. Primero, tanto desmitificar la inaccesibilidad de las praxis culturales hegemónicas y los “grandes relatos” entendidos como matrices de circulación privilegiada y exclusiva, como advertir contra la romantización del subalterno en tanto constructo letrado y reducto de excedentes ideológicos generados en el proceso de constitución de discursos centrales. Segundo, articular el proceso de producción de significados (literarios, históricos, culturales) no a “marcos” o “contextos” (a la manera de la socio-crítica tradicional) ni a teorizaciones exógenas, sino a coyunturas políticas y socio-culturales, intrahistorias, desplazamientos y entrecruzamientos discursivos, que generan el texto como una representación, por medio de la palabra escrita y los códigos discursivos de que se trate en cada caso, de conflictos y formas de conciencia social, subjetividades y “agencias” a través de los cuales se expresan y proyectan los “ritos de la memoria” del individuo y la comunidad.

Sin decirlo con estas palabras, el libro de Cornejo Polar nos propone descubrir *versiones* allí donde se nos imponen *visiones* de la historia, desmontar el discurso de la armonía, la estabilidad y la homogeneidad (la tan cristiana “salvación por la letra”, la retórica de “la gran familia” de la nación moderna, la folklórica combinatoria del mestizaje, la mística de la modernización, la mítica y demagógica unicidad del sujeto) para captar las tensiones que son constitutivas de la contradictoriedad latinoamericana, sacrificar el afán de totalización, exhaustividad y taxonomía que nos impusiera el pensamiento positivista de fines del siglo XIX y reavivara el neopositivismo de los '70 para recuperar el significado de microrrelatos históricos, culturales, literarios, a partir de los cuales puede construirse una historiografía alternativa. Nos insta, en resumen, a descomponer el mapa discursivo de la historiografía, el culturalismo y la antropología cultural, y a trabajar más bien las zonas de conflicto que revelan la existencia de actores sociales, productores y receptores culturales y praxis político-ideológicas no reductibles a la formalización de categorías y conceptualizaciones totalizantes.

Con esto, *Escribir en el aire* no solamente actualiza el estudio de las letras andinas sino que las conecta con los más importantes debates de la crítica actual: la cuestión de la voz del subalterno y su incidencia en los discursos centrales, el tema de la “construcción de la diferencia” y la problemática de la tantas veces equívoca identidad (individual, colectiva) en el interior de formaciones sociales neocoloniales, la conflictividad inherente a la que Beatriz Sarlo llamara “modernidad periférica” del continente, la conexión entre regionalización y globalización dentro de los estudios culturales, la función de la letra dentro de los ordenamientos político-institucionales de América Latina de la colonia a nuestros días, la polémica acerca de la “cuestión nacional” en el presente contexto de desagregación política y rearticulaciones regionales. El libro sugiere asimismo la necesidad de una nunca realizada revisión, para el caso latinoamericano, de teorías acerca de la escritura de la historia y la construcción de sujetos (Michel de Certeau, Hayden White, Gayatri Spivak) dada la especificidad histórica y cultural de las formaciones sociales que se articulan a nivel continental.

Creo, sin embargo, que la más incitante y fermental cualidad del estudio de Cornejo Polar reside en el hecho de que el propio análisis cultural desarrollado en el libro termina por poner a prueba sus propias bases epistemológicas, desbordando los límites de una ya bien establecida propuesta crítica que el mismo autor desarrolla en sus múltiples estudios sobre la novela indigenista, a partir de los años setenta. En algunos casos en *Escribir en el aire* nociones como las de *heterogeneidad* y *sistema* parecen interferir en el análisis más que nutrirlo o sustentarlo. En otros casos, conceptos como los de *historia* o *totalidad* parecen resemantizarse en el interior del discurso crítico como consecuencia de los cortes y ensambles que el análisis propone.

En efecto, la noción de “heterogeneidad” trabajada por Cornejo Polar a propósito de textos de Ciro Alegría, Arguedas, Matto de Turner, Vargas Llosa, entre otros —y convertida junto a la idea de transculturación promovida por Ángel Rama, en una de las categorías más recurridas del análisis cultural latinoamericano— guía sin duda el desarrollo crítico de *Escribir en el aire*. El análisis que el libro realiza no se somete, sin embargo, pasivamente a ella, y es en esa franja entre conceptualización y análisis, o si se quiere, entre teoría y crítica, que se sitúa, me parece, el espacio más potencial, abierto y desafiante de este

estudio. Vale la pena, por esta razón, considerar algunos de los desarrollos conceptuales que expone o sugiere *Escribir en el aire*, a la luz de los propios conceptos del autor.

Aplicada a los procesos y/o productos culturales, la noción de heterogeneidad es un concepto “plano” destinado prioritariamente a relevar el hecho de la coexistencia de elementos disímiles o heteróclitos dentro de formaciones sociales o culturales determinadas. Paradójicamente, esta noción adquiere su espesor crítico-teórico sólo en la medida en que supera su descriptividad. Se carga de sentido, en efecto, al combinarse con la conceptualización de la formación cultural andina en tanto “totalidad contradictoria”, avanzada por Cornejo Polar al examinar las implicancias de calificativos como “nacional”, “hispanico” o “mestizo” generalmente utilizados por la crítica para el estudio de la producción literaria del Perú (me refiero aquí a “Literatura peruana: totalidad contradictoria” en *RCLL* 18 [1983] 37-50, incluido luego como epílogo de su *Formación de la tradición literaria en el Perú* [Lima, 1989]).

En esta fórmula —que jugando en las fronteras de la paradoja problematiza ya la idea de “heterogeneidad”— el primer término indica la voluntad de globalización y exhaustividad que es característica de tantos otros proyectos de la década (Losada, Rama, González-Stephan, Osorio, Rincón, entre otros), mientras que la nota de contradictoriedad se dirige más bien a dar cuenta de las tensiones, pugnas y desfases de la plural realidad latinoamericana señalando las líneas de fracción que terminarían por poner en crisis la estrategia misma de totalización. En el mencionado artículo de 1983 la revisión de las alternativas que se plantean en torno a los términos nacional/hispanico/mestizo da ya como conclusión la “crisis de la categoría de unidad” en la medida en que con ésta, como plantea el crítico, “es imposible dar razón a la multiplicidad de los sistemas literarios que efectivamente se producen en el Perú” (40), sistemas que, como indica Cornejo Polar, por lo menos incluirían tres: el culto, el popular, y el de las literaturas étnicas. El análisis de la literatura andina de acuerdo a esos parámetros está marcado por una explícita voluntad de totalización que entonces se negocia en términos de contradictoriedad.

De acuerdo a la agenda cultural de la década de los '80, el proyecto de Cornejo Polar gira en torno a los conceptos-eje de la literatura como representación estética de conflictos sociales, la historia cultural como articulación sistémica, la historia como red englobante y cohesiva de componentes plurales y disímiles, los antagonismos sociales en tanto términos necesarios de una dialéctica en busca de su síntesis final, términos todos que plasmaban la omnicompreensiva búsqueda de un *método* que resultara más o menos ratificable dentro del marco del para entonces consagrado campo de las ciencias sociales.

Gracias a los aportes del pensamiento mariateguiano, es posible entonces visualizar, en el análisis de Cornejo Polar, las literaturas nacionales como “espacios conflictivos” efectuando la transición desde la idea de *diferencia* (que subyacía en el concepto “plano” de heterogeneidad) al de *antagonismo* (para usar la conocida traslación mencionada por Laclau) implícitas en las nociones de contradictoriedad y de conflicto usadas por Cornejo Polar. Rinde así frutos el heterodoxo desmontaje marxista del autor de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* acerca de la cuestión nacional y sus desplazamientos internos (tensiones de clase y lo que podríamos llamar el “efecto de la regionalización” que desarticula la categoría de unidad) y externos (necesidad de definir la condición neocolonial de América Latina y de la región andina en particular, así como de determinar los efectos de “cosmopolitización” del área).

Dos derivaciones surgen de este análisis. En primer lugar, la insuficiencia de la conceptualización pluralista, que no supera su empirismo de base. Segundo, las dificultades inherentes a la noción de sistema (tan ampliamente discutida con Alejandro Losada en esa década) que no termina de esclarecer los límites, criterios o intercambios que sustentan esa compartimentación. Se mantienen férreamente sin embargo en la argumentación de Cornejo las ideas de la *historia* en tanto “red de condicionamientos genéricos” (46) y de *totalidad* en tanto conjunto de relaciones (“virtuales” o “reales”) que efectúan la “reintegración” de los sistemas literarios (productos y procesos de producción literaria) a la historia social y cultural correlativa.

Implicando el concepto de “equilibrio inestable” esta matización en torno a la idea de “totalidad contradictoria” anuncia la expansión del campo conceptual que había tenido como centro el concepto de heterogeneidad el cual, como ahora consigna *Escribir en el aire*, vería extender sus fronteras de aplicabilidad a todos los elementos que integran el circuito de producción/representación/recepción cultural en el área estudiada, amenazando con diluir su rigor, y obligando a volcar gradualmente la atención del análisis de los productos culturales al de los procesos de su producción, con un creciente énfasis historificador e ideológico. Son justamente las consecuencias de este desplazamiento las que ilustra *Escribir en el aire*, aunque los principios teóricos gestados en etapas anteriores (principalmente la constante de la heterogeneidad andina) tiendan a reaparecer en un análisis cuyo ritmo interior supera, en muchos casos, el peso específico de sus propias premisas.

Terreno ganado ya para los estudios culturales latinoamericanos, la noción de “heterogeneidad” se adelgaza, en efecto, frente a los mismos desarrollos críticos que generara, en los que es justamente el principio de totalización el que hace crisis. La noción cede asimismo ante planteamientos más actuales —con los que implícitamente este estudio dialoga— acerca de la construcción del sujeto, particularmente frente a los estudios sobre cuestiones de raza, clase, género, que sin duda interrogan al complejísimo corpus de la literatura latinoamericana desde perspectivas del todo articulables al análisis que propone *Escribir en el aire*.

De acuerdo al desarrollo de este libro, los “sistemas culturales disonantes, a veces incompatibles entre sí” que constituyen el corpus analizado por Cornejo Polar no son ya meramente heterogéneos por revelar la filiación “diversa y encontrada” de las instancias de producción/recepción, referente/representación sobre las que se articulan, sino que parecen cancelar la idea misma de la *intersección* (aunque ésta sea, como Cornejo indica siempre, “conflictiva”) de *universos* socio-culturales (entendiendo por tales unidades de sentido autónomas que a pesar de su coyuntural entrecruzamiento se mantienen idénticas a sí mismas). De ahí que *Escribir en el aire* deba promover una concepción del discurso como red fluida, interpretativo/representativa, y del sujeto como categoría también *relacional*, es decir no absoluta sino en constante construcción, redefinición e intercambio. Y es justamente la postulación de esta fluidez e interconexión de los discursos la que resulta más fermental no sólo para el análisis textual sino para las estrategias interpretativas y el establecimiento de cuestiones de método.

En efecto, el libro no sólo se libera de las restricciones de un corpus limitado a las “bellas letras” y las poéticas “centrales” para abocarse a la proposición de cauces discursivos subterráneos que interpelan y en muchos casos nutren la producción canónica sino que

desmantela la noción de “literaturas nacionales” así como la idea de la necesidad de reconocer un “origen” cultural o incluso histórico en las formaciones culturales como punto de partida para el análisis discursivo. Se desembaraza asimismo de las compartimentadas periodizaciones de la historiografía tradicional, y de la misma unicidad del sujeto en tanto “figura social” fija y sobredeterminada, y en tanto constructo teórico elaborado a priori y casi con prescindencia de todo referente verificable. La única *totalidad* que mantiene *Escribir en el aire* (fundamentalmente, me parece, por su funcionalidad como unidad epistemológica) es la del área cultural andina en cuanto tal, a pesar de que, paradójicamente, esta globalización sólo es sustentable en base a la especificidad (o habría que decir, más bien, a la diversidad) lingüística, histórica y social que la cohesionan (si no fuera falacioso —o al menos paradójico— adjudicar a la dispersión cualidades unificadoras). La diversidad (la heterogeneidad) es propuesta entonces como el único elemento globalizante que “armoniza” el conjunto.

A mi criterio, el discurso crítico de *Escribir en el aire* oscila entre este último reducto de globalización (que asegura todavía la vigencia de la noción de heterogeneidad, ya que sólo pueden calificarse de heterogéneos los elementos —disímiles entre sí— que integran una totalidad) y la desagregación definitiva de aquellos “*universos* socio-culturales” que el autor reconocía en sus estudios previos sobre el indigenismo. El análisis del libro de Cornejo Polar parece sugerir, durante todo su desarrollo, que esta desagregación es efectivamente necesaria, desde un punto de vista teórico, para poder dar cuenta de la condición multicultural, multiétnica, multilingüística (y por lo tanto, ideológicamente híbrida y contradictoria) de la literatura y la cultura andina y de sus múltiples y encontrados proyectos, agendas y realizaciones. De ser así, y pareciendo como parece insustentable el retorno a la noción de sistemas, la simple posición pluralista o la apelación a “la historia” como proceso englobante y generador (de por sí) de significado, entonces, creo, la cualidad heteróclita tanto como la nostalgia de totalización se harían irrelevantes para el caso andino, que admitiría, definitivamente, lecturas horizontales del tipo de las que impulsa *Escribir en el aire*, que no cancelan sino que potencian (a nueva luz, con una nueva agenda) las producidas en décadas anteriores.

En este sentido, ante este desplazamiento crítico (de las conceptualizaciones totalizantes hacia el análisis de los microrrelatos o los textos concretos en tanto redes de significación) que *Escribir en el aire* ilustra exhaustivamente durante todo su desarrollo, es insuficiente consignar, a mi criterio, que “la heterogeneidad se [infiltra] en la configuración interna de cada una de esas instancias [emisor/discurso texto/referente/receptor(17)], haciéndolas dispersas, quebradizas, inestables, contradictorias y heteróclitas dentro de sus propios límites” (17). Creo que de lo que se trata es de que esas instancias, y de acuerdo a los parámetros que el mismo enfoque crítico establece, requieren, en su asedio, otras categorías de análisis que no hagan necesaria (como la de heterogeneidad) la postulación de totalizaciones (que luego puedan revelar, en su interior, la cualidad de lo diverso, heteróclito, conflictivo).

Dicho de otra manera, creo que por momentos la categoría de heterogeneidad lastra un análisis que, por otra parte, sin más, la supone como una cualidad finalmente entendida como inherente al objeto de estudio, aunque ya superada (pero no cancelada) por las nuevas articulaciones discursivas que el libro propone a través del análisis textual y cultural.

Creo asimismo que el brillante libro de Cornejo Polar, bien afincado en lo que llama “la materialidad de los discursos” opera con razonable cautela ante el riesgo de fundar una posible estética de la disgregación que, a fuerza de “desmitificar al sujeto monolítico, unidimensional y siempre orgulloso de su coherencia consigo mismo, al discurso armonioso de una voz única a la que sólo responden sus ecos y a las representaciones del mundo que lo fuerzan a girar constantemente sobre un mismo eje” (23) pueda terminar por “[festejar] el caos”, es decir —tal como yo lo entiendo— por fragmentar las bases del imaginario cultural andino, o representarlo, fenomenológicamente, al menos en su estructura de superficie, como un ejemplo de *coláge* cuya fragmentación sería adjudicable ya no a la praxis e intereses de sujetos histórico-políticos concretos, sino a los fuegos fatuos de la teorización postmoderna.

*Escribir en el aire* es, sin embargo, un libro decantado, de riesgos calculados y de indudable equilibrio crítico-teórico, donde se recupera y fortalece la red de las historias plurales, ocultas, silenciadas, que es la que realmente importa rescatar. Y esta interrelación queda completamente a salvo no sólo para el caso concreto del área andina sino para cualquier otra que sea homologable a ésta, en alguno de los múltiples niveles que esta investigación propone. Cada lectura puede, en este sentido, formular sus propias preguntas, atender a sus propios pre-juicios, y derribar sus propias barreras.

Debe señalarse, finalmente, como otro de los sutiles y definitivos méritos de este análisis, la decidida defensa que supone de la posicionalidad (podría decirse, con un lenguaje que tiende a estar nuevamente de moda, de la subjetividad) del crítico, la reivindicación de sus lealtades, su punto de observación, sus compromisos con respecto a su objeto de estudio, haciendo de la función interpretativa también una fructífera intersección de discursos, circunstancias, agendas. Estudio de desplazamientos, interdiscursos, sincronías, voces y silencios textuales, este libro nos entrega, como se mencionara antes, una agenda inconclusa, abierta a todas las interrogantes que surgirán en el proceso de reescribir la historia (cultural, literaria, política) de América Latina.